

Janet Winecoff AMD, 40,8,8

1

Miguel Delibes, *Las guerras de nuestros antepasados*. Barcelona:  
Destino, 1975. 297 pp.

MD

Varias constantes en la obra de Delibes aparecen en su más reciente novela: el sentimiento pacifista, antibélico (ya visible en el episodio del submarino alemán en su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*); la preocupación por el lenguaje rural castellano, de primera importancia en los *Diarios* de Lorenzo y *Las ratas*, en sus *Viejas historias de Castilla la Vieja* y varias obras más; el conflicto interior del individuo amenazado por la sociedad tecnológica, masificada, despersonalizada (tema básico de *Parábola del naufrago*). Pueden destacarse además su interés sostenido en la experimentación con la perspectiva y el tiempo novelescos, tan varios y tan distintos en su obra que (exceptuando la coincidencia de los *Diarios*), puede

MIGUEL  
DELIBES  
FUNDACIÓN

Miguel Delibes



afirmarse que no hay dos iguales; la preocupación con la emigración interior, el abandono de los pueblos y el campo, el "progreso" en su peor sentido, todo con amplios antecedentes en sus novelas y ensayos anteriores.

Tampoco es nuevo el uso de personajes primitivos, marginales, ni el de la caricatura e ironía, ni siquiera la incorporación de un mundo folclórico hasta el borde mismo de lo inverosímil. Igualmente, se ha visto en la novelística delibiana anterior el empleo de una técnica retrospectiva-reconstructiva, mediante la cual se vuelve a montar todo un mundo, con sus varias generaciones, a través de la introspección o la conversación en un tiempo relativamente breve (cf. *Cinco horas con Mario* y *El camino*). La novela sin argumento "contable" o resumible es más frecuente para Delibes que lo contrario, y la forma esencialmente autobiográfica, con preponderancia de la primera persona (aquí, el diálogo entre un joven recluso penal y el médico alienista) encuentra extensos antecedentes en los *Diarios* y en *Cinco horas con Mario*.

No obstante lo antedicho, se ve en esta novela un Delibes nuevo, ya pesimista, escéptico y amargado, de un tono y atmósfera, si no nuevos, tan renovados que sólo enlazan directamente con el sentimiento primordial (miedo del futuro previsible) expresado en *Parábola...* Es el Delibes que conjetura, en su discurso de ingreso en la Real Academia, "si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y la prostitución de la naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero..."

En el plano anecdótico, se trata de una obra sencillísima para nuestra época de experimentación y obscuridades; el lector sabe en todo momento qué es lo que ha pasado, y casi siempre por qué. Lo que tiene que decidir para sí es el significado trascendente que pueden encerrar los hechos aparentemente translúcidos, y qué auguran para el futuro humano.

La novela tiene nueve secciones, de desigual extensión: una especie de prólogo en el cual el médico explica cómo conoció al enfermo Pacífico Pérez en el Sanatorio de Navafría, doliente de tuberculosis y acusado de dos asesinatos. Siguen las siete partes principales, una para cada noche de una semana de conversaciones entre ellos dos, ante una grabadora magneto-fónica. Cuenta Pacífico (el nombre es completamente intencionado) su pasado familiar, los abuelos y el padre, cada uno con "su" guerra, su endiosamiento de la violencia a nombre de la divinidad patria, y cuán ajeno se sentía él a todo ese mundo de reminiscencias bélicas en que le criaban. Muchacho endeble, hipersensible y demasiado cerebral para su ambiente, "heredó" tendencias al misticismo humanitario de su abuela, y a la autodestrucción de ella y de su madre.

El contexto pueblerino (aparte el esperpento militarista de su casa) reproduce la vecindad conflictiva de Caín y Abel, trasladada al campo castellano, con todo el cargo del código calderoniano y el comportamiento rígidamente determinado por el contexto socio-cultural. Pacífico, tan hipersensible que los dedos le sangraban cuando se podaban los árboles, que vomitó y se enfermó al tener que disparar sobre un perro, llegó —con la confusión de valores que le deparaba su ambiente— a apuñalar en sangre fría al hermano de su "novia" sin sentir absolutamente nada. No se trata de un acto gratuito, sino del resultado de su condicionamiento doméstico-cultural. (En cuanto producto de su circunstancia, es un nuevo Pascual Duarte, con menos prórrata de responsabilidad todavía.) Casi puede decirse

MIGUEL DELIBES

que el crimen proviene de fuera de él: cogido semi-desnudo, "in fraganti" con la hermana de su víctima, mata sin odio, sin miedo, sin rencor, al supuesto "defensor" del honor de la Candi.

Pero Pacífico tampoco es del todo sencillo: matando al Teotista, se libra del compromiso de casarse con la Candi, de ser padre, de producir rendimiento económico (según exige su progenitor), de ser "alguien" —otro, que no él— en la sociedad. En la prisión ve la libertad, libertad de las decisiones, de seguir la voluntad de sus familiares, libertad incluso de ir a las guerras. Obtiene lo más ambicionado por él: que le dejen en paz. Lo demás tiene menor interés argumental: la estancia en la prisión, lo sucedido en cuanto a su participación (forzada) en un intento de evasión, significativo sólo en relación a su decisión (autosacrificante) de no denunciar a D. Santiago, "cerebro" de la fuga, como autor de la muerte del velador, asesinato por el cual Pacífico es condenado a muerte. El hecho de que su sentencia sea conmutada (en una especie de epílogo) tampoco importa mucho; Pacífico muere sin salir de la prisión, y sin haber hecho otra cosa de interés en los ocho años que le quedan de vida que el casarse *in articulo mortis* con "la zorra de la Candi", madre de su hijo, ya de ocho o nueve años.

Pacífico le prohíbe al médico que haga públicos ciertos hechos que pudieran haberle exonerado, siguiendo un credo vagamente franciscano, herencia de su tío Paco, quien había dicho que antes moriría que juzgar a otro. Es obvio por lo que dice a este tío (y son sus últimas palabras) que confiere una especie de autenticidad existencial a su vida con el mero hecho de haberse negado a salvarse, en cierto sentido pagando la vida de su víctima con la suya propia, mientras redimía a un culpable. Sin embargo, lo primario para él es el haberse evadido de una sociedad imposible, encontrando en el mundo carcelario la única libertad que le queda al hombre de hoy:

Dr. —...Lo que quiero saber es si sentiste deseos de largarte, de recuperar la libertad.

P.P. —Pero, ¿qué libertad, doctor?

Dr. —¡Qué libertad va a ser, hombre! La de las personas que veías por la calle; la de los seres normales.

P.P. —¿Y de veras se cree usted, oiga, que éstos tenían más libertad que yo? (p. 188).

Pacífico se encontraba mejor dentro del penal, menos amenazado, a pesar de estar con criminales, y no sólo no echaba de menos su vida de antes, sino que cada vez que miraba para fuera, "me decía para entre mí: De buena te has librado, Pacífico" (pág. 201). Veía a sus compañeros de prisión como otras víctimas más; triste metáfora del mundo que ofrece el novelista. Más tarde, el simbólico protagonista explica su falta de interés por el mundo de fuera repitiendo una frase de su padre: "sangra o te sangrarán. En la vida no hay otra alternativa" (pág. 292). Y habiéndose aceptado un concepto bastante celiano de la división de la humanidad en víctimas y verdugos (cf. *La colmena*, p.e.), prefiere callar y morir. El indulto por el Jefe de Estado carece de valor filosófico: Pacífico no vuelve nunca a la vida que ha renunciado, y únicamente establece su postrer contacto con ese mundo por dar nombre a su hijo, que como hijo de "zorra" tampoco representa un futuro esperanzado.



University of North Carolina at Chapel Hill

JANET W. DÍAZ

MIGUEL  
LIBES  
MIGUEL  
LIBES